LAFAYE. *Quetzalcóatl y Guadalupe*. Fondo de Cultura Económica 1a. edición en español. 1977. pp. 480.

Sobre dos mitos de la Nueva España, Quetzalcóatl y Guadalupe, creencias de la masa de los creyentes, símbolos de indios, criollos, mestizos y mulatos, hace descansar Lafaye profesor de la Sorbona y secretario de la Sociedad Americanista de Francia, la formación de la conciencia nacional de México.

El prefacio escrito por Octavio Paz resalta el papel que la Nueva España tuvo en la formación del México actual, negándole el que algunos historiadores le dan; el de ser una etapa de formación y gestación, una pausa entre el mundo azteca y el México independiente y negándole también, el de usurpadora y opresora que le dan otros. Considera Paz que la Nueva España no quiso ser prolongación de España sino ser otra; lo cual aunado a la ambigüedad que mostraba hacia el pasado indígena, dio como resultado una contradicción que se reflejó en todos los aspectos de la vida novohispánica, contradicciones que se agravaron al correr de los años y que afloraron en los problemas de Hidalgo y Allende, uno líder de los indios y mestizos y el otro, de los criollos.

Considera Paz que la creación mítica y colectiva del culto a la Virgen de Guadalupe fue la respuesta a la necesidad de protección que los indios tenían por la orfandad en que los dejó la conquista, al deseo de los criollos de cobijarse en una verdadera madre que a su semejanza fuera americana y europea y al afán de los mestizos de identificarse con una madre violada y a la vez invulnerable. Todas las castas tratando de encontrar su origen, legitimidad que hombres, y sociedades en todas las latitudes y épocas trataran de alcanzar, encontraron en esa Virgen una raíz.

El autor toma como punto de partida para su estudio el año de 1531, fecha que él mismo considera "falsa", época en que gobernaba la segunda audiencia, y año en que tuvieron lugar las apariciones prodigiosas de la Virgen de Guadalupe (aunque la fecha de la "aparición" del guadalupanismo mexicano es a partir de 1648), y no concluye en 1813 año que marca no el fin de los mitos de Quetzalcóatl y Guadalupe (ya que ésta sigue siendo la virgen mexicana) sino la laicización patriótica; la realización del Congreso de Chilpancingo, también llamado de Anáhuac, cuyo producto principal como sabemos, fue el Decreto Constitucional para la libertad de América mexicana, (Constitución de Apatzingan sancionada el 22 de Octubre de 1814) declarado por el Santo Oficio, como "abominable código".

Los capítulos 1o. y 2o. de la primera parte del libro primero los dedica el autor a señalar la composición de la sociedad mexicana y a las oposiciones entre los grupos sociales que configuraban la población novohispánica, que si bien no provocaron situaciones sangrientas como las de Perú y Panamá, gracias al habilidoso primer virrey Antonio de Mendoza, se caracterizan por el antagonismo español criollo, que apareció desde los primeros años de la conquista y que tuvo dimensiones de carácter antropológico, y por el otro lado por el papel inestable de los mestizos que causó dolores de cabeza al poder político. El problema de la evangelización de los indios aunado al traumatismo que esto provocó en ellos, nos revelan la problemática a la que se enfrentó la administración española y justifican en parte, la organización administrativa fiscal represiva que, hasta la Independencia, usó el sistema español. Debemos hacer notar que debido

a la ratificación que la corona debía hacer de la legislación indiana, las normas dictadas por audiencias y virreyes tenían carácter provisional, lo que provocó desconfianza y burocratización por ese derecho).

El capítulo 3o. se refiere a las medidas represivas que usó la Inquisición, debido a que la fe de los neofitos indios y su observancia a las disposiciones de la Iglesia eran dudosas. El autor relata los excesos del obispo fray Juan de Sumárraga que dio prioridad a su tarea de inquisidor y a pesar de las cuales las antiguas creencias no perdían su vigor; señala el autor, que los indios tomaban la parte de la religión que les "convenía", es notorio como el catolicismo encontró puntos de contacto con el pensamiento idolátrico indígena, pero al mismo tiempo el cristianismo se contaminó de ritos aztecas; los "curas de indios", por motivos diversos, cerraban los ojos ante las prácticas idolátricas, así las creencias en la Nueva España fueron el producto inestable de aportaciones religiosas heterogéneas, debido a grupos étnicos desiguales en importancia e influencia.

La segunda parte del primer libro lo dedica el autor a estudiar las diferentes etapas de toma de conciencia nacional y afirma que al toparse los primeros misioneros de México con los problemas de la naturaleza y de la evangelización de los indios, (tema, el primero de ellos, con el que se enfrentaron durante más de dos siglos exégetas e historiógrafos) los consideraron como objetos, ya que su "late motiv" era el destino de la cristiandad, la salvación de la iglesia romana y el poderío de la monarquía española. Debemos señalar sin embargo el papel que en otros aspectos los frailes, como el violento sermón de Montecinos contra los encomenderos que dio lugar a cambios en la legislación al respecto y las denuncias de los jesuitas contra corregidores corruptos. Las actitudes de Las Casas, Sepúlveda, Victoria y Solórzano Pereira, reflejan los intereses religiosos y políticos que la conversión implicaba. Continúa Lafaye analizando la utopía criolla del siglo xvii, durante la cual al indio ya no se le consideraba un guerrero que había que calmar, o una alma que salvar, simplemente se le ignoraba. Según el autor, en el siglo xvii surge la cultura criolla importando todo, negando el mundo americano y aflora como reacción un proceso de mexicanización cuyos exponentes son Sigüenza y Góngora, dentro de la Universidad, quien se concentra en Quetzalcóatl y Guadalupe y Sor Juana Inés de la Cruz, fuera del mundo universitario.

El siglo xviii, época en que se estanca nuestra Universidad, marca una continuidad en la toma de conciencia nacional, los frutos de la introducción de la imprenta (dos siglos después de haberse introducido) empiezan a ser obvios, si bien como dice el autor no se puede captar totalmente la vida intelectual y espiritual de una sociedad tomando como única base sus textos impresos, el valor de los índices que nos ofrecen, es de primer orden. A través de los textos las aspiraciones de los criollos se revelaron, el fervor patriótico de los autores mexicanos de esos años,

no se disimuló; como ejemplo cita Lafaye: el célebre ensayo de Cayetano Cabrera y Quintero; *Escudo de armas de México: celestial protección. . . María Santísima, en su portentosa imagen del mexicano Guadalupe*; la obra del jesuita Escobar y Mendoza, *Nueva Jerusalén, Señora María, poema heroico. . .*; etcétera. La emancipación espiritual de la Nueva España se reflejó en cientos de obras que en la misma tónica se editaron durante dicho siglo y fueron evidencia del triunfalismo criollo mexicano.

La cuarta parte de este primer libro lo dedica el autor a la "guerra santa" (1767-1821), considera que la expulsión de los jesuitas, en el apogeo de su poder y después de haber hecho triunfar la causa religiosa nacional de la Guadalupe y el correspondiente levantamiento de los indios, marcan el primer nacimiento de conciencia nacional, así los criollos, las castas, hicieron causa general contra un enemigo común, no ya contra el anónimo "gachupín", rival secular del criollo, sino contra el propio rey de España, que expulsaba a los guardianes de la fe del pueblo mexicano; con lo cual, la lealtad con respecto a la monarquía española se quebró. Para los indios la partida de los jesuitas fue culturalmente tan traumática como debió haber sido nueve siglos antes el exilio del sacerdote-rey de Tula, Quetzalcóatl. Debemos agregar que la expulsión de esos frailes tuvo repercusiones nefastas en materia educativa y arruinó prósperas empresas.

A fines del siglo XVIII los mexicanos ya no eran españoles puros; las primeras palabras de Francisco Javier Clavijero en la dedicatoria a la Universidad de México fechada en 1780, de su *Historia Antigua de México*: "Una historia de México escrita por un mexicano" son reveladoras de un sentimiento patriótico consciente y orgulloso de serlo.

Quisiéramos resaltar la desaparición del nombre de Nueva España en la *Historia. . .* de dicho autor como prelude del reemplazo que los liberadores del siguiente siglo harían al designar a la patria.

Lafaye continúa analizando las figuras de Hidalgo y Morelos, curas selectos en una guerra de liberación cuyo estandarte fue la Virgen de Guadalupe. Cabe recordar que el primer artículo de la Constitución de Apatzingán establece el monopolio de la religión católica, apostólica, romana. Prosigue el autor en la figura de Iturbide en el que se da un fenómeno nuevo en lo que había dejado de ser la Nueva España; el oscurecimiento de los monjes y la aparición de los militares, fenómeno que afectó profundamente la mentalidad colectiva mexicana en los años de la Independencia.

El libro segundo intitulado Quetzalcóatl o el Ave Fénix lo inicia el autor con el análisis que de Quetzalcóatl hicieron los primeros franciscanos. Motolinía consideraba que de Quetzalcóatl provenía el origen dinástico de los *tlatoanis*, Sahagún lo presentó como el gran sacerdote de Tula y como el dios de los cuatro vientos: para Olmos, Q. fue hijo de un dios y una diosa con destino humano. No hay duda, según el autor, que

Quetzalcóatl unió a indios y españoles, ya que gracias a su profesía ambos pertenecían a una misma historicidad; el mesianismo *Quetzalcoáltico* sobrevivió a la conquista española y a la evangelización. Para Durán misionero dominicano, Quetzalcóatl era el gran sacerdote, hombre no dios, Durán echó las bases de la asimilación de Quetzalcóatl con Santo Tomás, el Padre Tovar considero que Quetzalcóatl era un evangelizador, un apóstol de Cristo; en el comentario español del código Telleriano-Remensis, Quetzalcóatl aparece como un hombre-dios salvado del diluvio, instituyendo este criterio un elemento posible de asimilación con la tradición judeo-cristiana. El propio Lafaye señala también las tentativas de asimilación de Quetzalcóatl con un personaje de la tradición bíblica, al que tanto Durán, como el padre Díos entre otros, lo presentan con todas las características de un héroe hebraico. Un retrato incompatible con los señalados, nos los da Torquemada en su *Monarquía indiana*, quien lo presenta como un demonio sediento de sangre, la divinidad suprema de una religión pagana. Continúa el autor analizando la creencia en una primera evangelización del Nuevo Mundo por el apóstol Santo Tomás, lo que traería como corolario el que las Indias entraban en la historia desde los tiempos evangélicos y no dieciséis siglos después. Continúa el autor analizando el papel "político" que la figura sincrética Quetzalcóatl-Santo Tomás tuvo, lo cual utilizaron los criollos para inclinar a Nueva España hacia el separatismo; mientras daban a los indios el sentimiento de que no había habido ruptura en su historia, a la vez que exhaltaban las historias indígenas y el pasado los hacían desconfiar de la historia española oficial.

El sentimiento de la patria americana empieza a nacer en parte por el desprecio compartido por los indios y los criollos hacia todo lo español.

Santo Tomás-Quetzalcóatl fue para los mexicanos el instrumento de ese núcleo espiritual, sin el cual los criollos jamás hubieran podido tomar entre sus manos el futuro nacional. Esto se confirma un siglo después, cuando la Independencia no se hace tanto en nombre de "nuevas ideas" sino se hace basar en "principios antiguos".

Era vital para que floreciera el sentimiento nacional mexicano (y de todos los patriotismos americanos) que Quetzalcóatl hubiese sido un misionero cristiano, Fray Servando Teresa de Mier tuvo la inteligencia política de sentir esa necesidad y sus perseguidores la clarividencia de presentir el peligro de sus intenciones para el futuro colonial de Nueva España.

El libro tercero lo dedica Lafaye a analizar la figura de Tonantzin, basándose en fuentes tan fidedignas como Sahagún y Durán, sin embargo considera que a pesar de su escrupulosidad, debido a que tomaban el ejemplo romano antiguo como arquetipo de toda religión politeista, los misioneros no captaron que entre los aztecas había una religión coherente, que culminaba en un espíritu creador divino. El autor hace resaltar la

intención de los evangelizadores de encaminar a los indios hacia la Virgen, lo que facilitaría después la creencia en la ambigua figura Tonantzin-Guadalupe y revisa el origen y significado de este último nombre.

Sobre las leyendas aparicionistas americanas, considera el autor que si en lo sustancial provienen de la Edad Media europea, son sin embargo netamente americanas; cree "que el carisma de que se creyeron dotados los mexicanos gracias a las apariciones de la virgen María en Tepeyac, no fue un ejemplo único, sino que representa la más rica de las implicaciones socio-políticas"; cuyas vinculaciones con la Virgen de Copacabana en Perú, la de Guapula en Ecuador, Coacupe en Paraguay son reflejo de la tradición mariana europea. Continúa el autor señalando los temores de los franciscanos por el auge que la devoción a la Guadalupe despertó en los neofitos cristianos y el favor que el clero secular concedió a la nueva devoción.

Es interesante hacer notar que la fuerza que el rey de España y el Consejo de Indias daban a los "gachupines" a través de provisiones selladas, se veían desplazadas por la que Dios les daba a los criollos a través de la Virgen María en su imagen milagrosa del Tepeyac. De esta manera los criollos mexicanos serían a partir del milagro guadalupano "como los otros" (los españoles de la península). Así la Virgen de Guadalupe sería por siglos en "saecula saeculorum" la "carta ejecutoria" que ennoblecía al pueblo mexicano.

En el capítulo IV el autor señala el aspecto indigenista de la devoción guadalupana, debido a que hubo apariciones dentro de los tres grupos étnicos que dieron su impronta a la historia prehispánica de México: otomis, mexicanos y tlaxcaltecas; la leyenda adquirió el beneficio de la gracia divina para todos los indígenas.

En el epílogo, Lafaye señala que cualquier estudio de la conciencia criolla o del nacionalismo mexicano debe tener como tema central la devoción a la Guadalupe. Este fenómeno dice, aclara la historia de la Nación mexicana, ya que significó el aspecto espiritual de la rebeldía colonial. Más tarde la Virgen aparecería como símbolo del partido conservador y continuaría la devoción a ella en un México profundamente laicizado.

Concluye el libro con una cronología sumaria de la historia de México desde el siglo x a 1831 y una amplísima bibliografía que incluye obras, catálogos, colecciones de documentos, guías de archivos, etcétera.

Muchas de las realidades aparentemente contradictorias del México como laicización, tenencia de la tierra, indigenismo, xenofobia, etcétera, encontrarán explicación a través de este ensayo de historia cultural.

Por la licenciada Sara BIALOSTOKY DE CHAZÁN
Profesora de la Facultad de Derecho de la UNAM.